

El duque de Choiseul oyó la lectura íntegra con la mayor atención, y acabada, dijo el marques:

—No olvideis, señor duque, que vengo á pedir os un consejo, con la resolución de seguirlo en todo. Si os parece que esta obra merece la atención del rey, llevádsela: si por el contrario la reputais demasiado poco ortodoxa y en consecuencia peligrosa, la quemarémos y negocio concluido.

—El asunto escoge meditacion,—contestó con hipocresía el ministro.—Volveré á leer ese trabajo, y os mandaré avisar el día en que podrémos discutirlo.

Orvillé se retiró muy satisfecho: su amor propio de autor quedaba agradablemente lisongeado con el deseo expresado por el ministro de repetir la lectura de ese fruto de sus ocios; así es que no pensó en otra cosa toda la noche, y tuvo los sueños mas halagadores. Todavía se encontraba en esta misma disposición de ánimo, cuando entró al amanecer en su cuarto su ayuda de cámara de lo mas azorado, á avisarle que preguntaban por él unos hombres, y que no habia forma de impedir que se colaran hasta donde estaba.

—Y quiénes son?—preguntó el viejo.

—Ah! señor marques, no me lo han dicho; pero temo no equivocarme al afirmar que el que lleva la palabra es un comisario, y los demas eesentos de policía.

—Estás loco, Andres, eso es imposible!

No habia acabado aún de pronunciar esta frase, cuando el comisario (pues lo era en efecto) entró sin cumplimento, y mandó á M. de Orvillé que se preparara á seguirlo.

—Incurris en una notoria equivocacion, le dijo el marques,—no cuento mas que un día de estar en Paris, y no he visto aún mas que al duque de Choiseul, con quien llevo estrechas relaciones.

—Nada de eso me importa,—contestó el comisario:—ved esta órden firmada por monseñor el conde de San Florentin, en la que se manda que seais llevado al punto á la Bastilla.

—Seria posible!... cómo! seria capaz Choiseul de tan vil traicion!...

—Caballero, si no quereis que os saquemos desnudo, vestíos sin dilacion.

Andres, criado antiguo y fiel, se puso á vestir al marques llorando, y solicitó entre sollozos que se le permitiera acompañar á su amo, de quien nunca se habia separado, y que era ya demasiado anciano para no necesitar de sus servicios. Sus súplicas fueron infructuosas: el comisario respondió que eso no le concernia, y no quiso llevar mas que á la víctima que se le habia designado.

Aun cuando se agotaran todas las fórmulas posibles de indignacion, no se conseguiria calificar como merece un hecho tan monstruoso: jamas la vileza, la hipocresía, la crueldad, se habian presentado mas íntimamente unidas. La conciencia se indigna, la razon duda de que una gran nacion haya sido gobernada alguna vez por monstruos capaces de cometer con gusto crímenes tan atroces.

Por desgracia la duda es imposible, pues como hemos dicho, el billete en que pedía el marques al ministro una audiencia, se encontró agregado á la esposicion manuscrita que Choiseul habia conservado para repetir su lectura, por haber dicho que el asunto era de pensarse detenidamente.

El suceso produjo en Orvillé un efecto terrible: en todo el camino de su casa á la Bastilla, no dejó de protestar de su inocencia, ni de llenar de maldiciones al infame duque, que lo asesinaba despues de tenderle un lazo.

—Sí,—repetía,—el malvado me asesina, porque á mi edad, un golpe tan violento es mortal. No tardaré en sucumbir, y no me pesa; me seria demasiado penoso en lo sucesivo pensar que respiro el aire que esos miserables, tan cobardes como crueles.

El aspecto interior de la prision, el ruido de las llaves y de los cerrojos, acabaron de amilanar al viejo, que cayó malo de fiebre y comenzó á delirar. En el acto se dió parte del estado del nuevo pensionista del ministro, quien se apresuró á hacerlo patente para suponer que el marques se habia vuelto loco, á fin de meterlo por el resto de su vida en una jaula de Bicêtre ó de Charenton, lo cual era, como ya hemos visto, el paso consiguiente. Por fortuna el fiel Andres no se habia dormido para dar aviso á la familia de su amo de lo ocurrido, y los resortes que se tocaron sirvieron para que, en vez de mandar al marques á Charenton ó á Bicêtre, se le encerrara en San Lázaro, adonde se trasladó al desventurado anciano el 25 de Noviembre de 1769, y allí murió poco despues, repitiendo que se alegraba de dejar un mundo en que vivian tan insignes malvados.

Imposible nos seria mencionar á todos los valerosos, que convencidos de que el rey ignoraba los actos monstruosos efectuados en su nombre, intentaron alumbrar á ese monarca, no ménos corrompido, no ménos desprovisto de todo sentimiento de justicia y humanidad que sus ministros. “Los ministros contaban con la anuencia del rey: los inspectores de policía, con la anuencia de los ministros: los corchetes con la anuencia de los inspectores; y poco habrian tardado los ciudadanos todos, en verse obligados á no obrar ni respirar sino con la anuencia de los corchetes, á no ser por la revolucion del 13 y 14 de Julio último.” (1)

Pero si los altos funcionarios eran duros con los hombres de bien y con los desvalidos, guardaban toda clase de consideraciones y miramientos á los ladrones de gran tono, á los estafadores titulados, y á otros altos y poderosos señores, habituados á considerar lo ageno como país conquistado ó por conquistar.

Entre esos conquistadores anómalos que esplotaban entónces la Francia, se contaba S. A. Carlos Ernesto, príncipe de Curlandia, respecto del cual nos parece indispensable dar algunas noticias biográficas, para que se forme una idea esacta de ese personaje.

(1) Memorias inéditas, escritas en 1788 y 1789, por un recluso voluntario.



S. A. Carlos Ernesto era hijo de Juan Ernesto de Biren, duque de Curlandia, el cual habia sido en su juventud palafrenero de la duquesa Ana de Curlandia, que fué despues la emperatriz Ana. Biren, que era buen mozo, habia agrada- do á la duquesa, la cual comenzó por subirlo á escudero, para que no se dijera que se habia entregado á un lacayo. Emperatriz ya, conservó Ana á su aman- te, hombre de gran resolucion, á quien hizo entónces príncipe de Curlandia, y que se hizo por sí mismo soberano absoluto del imperio ruso.

Pero en ninguna parte es tan veleidosa la fortuna como en los estados despóti- cos. Muerta Ana, Biren, el ex-palafrenero, llegó á regente del reino, y su po- der no conocia límites, cuando de repente lo precipita una revolucion del piná- culo de la grandeza, y es desterrado á Siberia. Doce años llevaba de vivir en aquellos desiertos helados, cuando lo sacó de allí la princesa Isabel, devolvién- dolo la posesion de su ducado.

Ese príncipe tuvo dos hijos: Carlos Ernesto, de quien se trata aquí, fué el se- gundo. El descendiente del palafrenero no habia dilatado en encontrarse incó- modo con el ducado de Curlandia: le vinieron ganas de correr el mundo, y ha- bieudo renunciado el alto empleo de que disfrutaba en el ejército ruso, se echó á volar con una comitiva regia, que no podian en lo absoluto sostener las rentas de la Curlandia á quinientas leguas de distancia.

Pero si el jóven príncipe tenia poco dinero, era en cambio muy industrioso, lo cual restablecia el equilibrio entre sus ingresos y sus egresos. Al llegar á Riga sabe que un frances llamado Desmarets, rico comerciante en blondas y telas de seda, cuenta algun tiempo de residir en aquella ciudad, á la que acaba de llegar- le un cargamento de efectos de lujo. El príncipe manda llamar á Desmarets, para decirle que la duquesa su madre se muere por las blondas, y que el duque soberano no se viste mas que de seda: agrega que como buen hijo quiere dar á S. A. una sorpresa agradable, y compra efectos por valor de sesenta mil libras, que paga con una letra de cambio contra un banquero de San Petersburgo, á donde piensa dirigirse el frances. El comerciante parte en efecto para la corte de Rusia, y apenas ha salido de Riga, cuando revende el príncipe las mercancías en treinta mil libras, que le permiten pasar á Holanda con su acompañamiento.

Aquello era una estafa en toda forma, calificada de tal por las leyes, pues la letra de cambio no podia ser pagada por el banquero, de quien era perfectamen- te conocida la situacion pecuniaria del duque soberano de Curlandia, que si bien tenia derecho de acuñar moneda, no lo usaba por falta de material para satisfacer una suma tan considerable. Pero las leyes, en un estado monárquico bien go- bernado, no hablan con los príncipes, y las *estafas* de un alteza no pasan de *ca- laveradas* sin consecuencia.

Llegado á Amsterdam, el príncipe Carlos comenzó á entregarse al juego con pasion; mas como la fortuna no le fué favorable, no solo perdió en poco tiempo todo el dinero que tenia, sino que contrajo deudas bastante crecidas. Su posi- cion era angustiada, y no sabia bien á bien cómo salir del paso, cuando pensó en

la invariable suerte con que habia jugado en su contra un oficial genovés lla- mado Sabi, que le habia ganado últimamente al fiado una suma de mil duca- dos, la cual no hubiera podido realizar ni vendiendo todo su equipage y las po- cas alhajas que le ayudaban á desempeñar su papel de príncipe. Calculó que no era natural que se ganara siempre en un juego de azar, y que el genovés de- bia ser un bribon. Aunque la deduccion no pasaba de sospecha, nuestra alteza de Curlandia procedió como si fuera cosa averiguada, y mandó llamar al oficial.

—No son mil ducados los que os debo, señor Sabi?—le preguntó.

—No urge que V. A. pague esa bagatela.

—No se trata de pagar, en razon de que entiendo que nada os debo, y ademas los fondos que espero de Curlandia pueden tardar todavía unos quince dias.

—No os entiendo, bien, príncipe.

—No tardaréis en entenderme. Qué apostamos á que teneis dados y naipes en las bolsas de todos vuestros vestidos!

—No niego que soy apasionado al juego.

—Es claro: seriais muy ingrato si no gustárais de lo que tanto os favorece. Mi apuesta era á que teniais en vuestras bolsas dados falsos y naipes marcados.

—Príncipe, me haceis un insulto que no sufriré de nadie; y á ménos de que no haya mas que cobardes en la corte de Curlandia, me daréis satisfaccion en el acto.

—Siempre habrá modo de parar en eso, en caso de que no nos entenda- mos; pero espero que nos entenderémos. La fortuna es una jóven caprichosa, á la que es necesario ir á la mano á menudo para ser bien tratado de ella, y yo no vacilaria en adoptar ese régimen, si no fuera extraordinariamente torpe en esa materia en que vos sois tan diestro. Pues bien, unós á mí: os haré mi primer gentil-hombre: vos me enseñaréis vuestra ciencia; y recorriendo todas las cortes de Europa, realizaremos sumas considerables. Vos solo no podeis hacer nada ó casi nada: el menor obstáculo puede deteneros: una sospecha os puede perder. Conmigo no teneis que temer nada, puesto que soy hijo de soberano, y que hay mancomunidad entre todos los soberanos de Europa, de lo que resul- ta que mi persona es inviolable, y que esta inviolabilidad se estiende á todos los que me sirven. Qué juicio formais ahora de mi oferta?

—Digo, monseñor, que toca á la alta filosofía, á la filosofía trascendental. . . . No hubiera creído que estuvieran tan adelantados en Curlandia.

—Y aceptais mi propuesta?

—Soy vuestro en cuerpo y alma.

—Pues os nombro mi primer gentil-hombre y mi maestro de. . . .

—De física y química.

—De física consiento; en cuanto á la química, no veo para qué puede servir- nos.

—Voy á esplicároslo, monseñor. Supongo que necesitais una suma de cin- cuenta mil libras y que se la pedis al famoso banquero Van Alchosto.



—Es evidente que me la negará.

—Os la entregará al punto, con tal de que le ofrezcais letras de cambio de algún otro banquero tan rico como él. Verdad es que carecemos de esas letras; pero es lo más sencillo del mundo fabricarlas.

—Convengo; mas presentada al supuesto girador, se advierte la falsificación, y así nos atascamos de luego á luego.

—Así sucedería sin duda, si no tuviéramos en química tantos conocimientos como en física. Para que lo comprendais mejor, quiero ahora mismo girar una libranza por valor de cien mil libras.

Sabi se sienta á una mesa, saca de la bolsa una botellita llena de un polvo blanco, con el que frota la superficie de una hoja de papel, en la que escribe en seguida.

—Os parece esto legible?—preguntó al príncipe, presentándole el papel.

—Está perfectamente escrito.

—Y con buena tinta?

—Sí, de un negro magnífico.

—Pues bien, todavía dentro de dos horas estará tan negra como ahora: esta noche se comenzará á poner blanca, y mañana en la noche, la hoja de papel lo estará enteramente, como si nada se hubiera escrito en ella.

—Canario!... eso vale más que los naipes marcados.

—Todo tiene su valor respectivo, monseñor.

—Y todo eso me enseñaréis?

—En cuanto esté asegurada mi posición cerca de vuestra persona.

El arreglo quedó hecho y pronto se encontró el príncipe en disposición de continuar sus viajes con toda su comitiva, aumentada con un gentil-hombre que consideraba como una verdadera providencia. Recurrió sucesivamente la Alemania y la Italia, haciendo admirar por doquiera su magnificencia, dando en cambio de dinero, joyas y diamantes, algunas de esas sobresalientes letras de cambio que se borraban con tanta facilidad en manos de los portadores; y recogiendo de cuando en cuando algunos miles de luises sobre las carpetas verdes. Luego pasó á Paris, donde Sabi, disgustado de lo poco que le daba S. A. de los frutos de su industria común, lo dejó y pasó á Inglaterra. El príncipe se consoló tanto más fácilmente de su separación, cuanto que sabía ya la receta del polvo blanco, y había adquirido en el arte del prestigio toda la habilidad deseable. Continuó, pues, viviendo á lo príncipe en el hotel de España, en el cual se había instalado á su llegada.

Entre tanto Desmarets, el vendedor de blondas y sedas, había regresado á Francia, después de haber procurado inútilmente hacerse pagar por el duque reinante de Curlandia, que lo había amenazado con honrar á palos la firma del príncipe su hijo. Al atravesar la Alemania de vuelta, había oído hablar Desmarets de algunas de las fechorías de S. A., quien según afirmaban varios banqueros, no les había dado más que papel blanco en cambio de sus escudos.